

Néstor Taboada Terán

El signo escalonado



Esta novela configura un vasto fresco de la realidad boliviana, a la que aborda en sus múltiples aspectos y dimensiones. Situada en los años previos a la Guerra del Chaco, desde la caída de Siles (1930) hasta la iniciación de la contienda con el Paraguay (1932), no se limita a referirnos los importantes acontecimientos históricos del momento, sino que se adentra en el alma del pueblo para darnos una peculiar vivencia de la realidad, en la que el don de la magia y los mitos folklóricos se funden con el acontecer cotidiano.

*A Oswaldo Guayasamin, Alejandro Trujillo,
Eduardo Galeano, Walter Solón Romero, Ana
Marta Manildo, Alfredo Gravina, Lisandro Otero
y Ponciano Cárdenas.*

El signo escalonado,
una de las más genuinas representaciones de
la novela latinoamericana

Augusto Guzmán
La Paz, 1985

EL SIGNO ESCALONADO escrito en Cochabamba y Buenos Aires, es una de las más genuinas representaciones de la nueva novela latinoamericana, cuyas técnicas han sido aplicadas en este caso con segura eficacia al estudio de la sociedad boliviana en todas sus clases, teniendo por centro de acción a la ciudad de Oruro desde los años poco anteriores a la guerra del Chaco. La narración es amena, libre, licenciosa, pintoresca e impresionante de principio a fin; sin altibajos, exaltaciones repentinas o decaimiento imprevistos; más bien un aire uniforme y desenvuelto en la asombrosa variedad temática cuyos asuntos se van y se viene sucediendo hasta el episodio final que lleva el número 62.

Hay evidente predominio del diálogo como elemento animador y desarrollador en la dinámica festiva del relato. Hechos reales, históricos, sucedidos y recogidos por la tradición y el periodismo ingresan en el curso de la novela con las circunstancias verídicas y los personajes puntualmente recordados con sus nombres y apellidos que la me-

moria social reconoce fácilmente. En ese sentido la obra literaria puede ser un buen auxiliar de la historiografía y de la sociología.

En la propia obra del novelista el realismo-proletario ha quedado atrás para asumir sitio prominente con *El signo escalonado* en la nueva novela boliviana situacional y verbalista.

Verdades con ficciones se entrecruzan sin discrepar ni disonar porque pertenecen al mismo cuerpo social. Creencias populares y hechicerías absurdas, algunas muy groseras sin dejar de ser divertidas, se presentan en número considerable como en una cuidadosa compilación de costumbrismo mágico. El quechua como idioma popular y campesino de Oruro, es empleado en profusión de vocablos y de modismos muy ilustrativos. La crónica esencialmente nacional tiene su fugaz relámpago para enfocar en síntesis algunos episodios de la vida continental o mundial. Entre los primeros apuntes situacionales está la repatriación de los pampinos, los trabajadores despedidos de la salitreras de Chile a causa de la eliminación científica del salitre súbitamente suprimido en el mercado mundial. La vida nocturna con los prostíbulos en auge. La realidad política, social, económica y cultural del país en relación con los hechos más salientes de la vida universal. Y sin embargo, por el imperio del arte, tanta realidad acumulada y viviente parece toda ella fingida por una imaginación altamente productiva. Se ha dicho bien de este libro «que representa acabadamente a un país, con sus hombres, su historia, su drama íntimo y su lenguaje peculiar».

Entre la multitud de personajes hay un protagonista: Damián Surco, el minero de clase, brutalmente expulsado de su trabajo en las minas por oponerse a despidos masivos de trabajadores. Él abre el relato a la primera página y después de sus vivencias de dolor, de amor, de lucha y de esperanza es arrastrado a la hoguera del Chaco donde los

militares lo declaran derrotista rojo y ordenan su fusilamiento. Los dos encargados de ejecutarlos en un paraje solitario del bosque, lo reconocen y simulan su ejecución disparando sus armas al aire. Puede irse hacia la frontera neutral sin peligro, Damián Surco el dirigente minero puede irse. Se encamina por ahí cuando un soldado se descuelga de un árbol como un jaguar y lo amenaza. Es uno de los Macheteros de la Muerte, el famoso escuadrón de asesinos paraguayos cuyas atrocidades parecen increíbles siendo evidentes. Damián surco frente al Machetero amenazante «de ojos profundamente mediterráneos» apretó los dientes con el dedo en el gatillo de disparador

En la doctrina ya trazada de identificar un país, un pueblo, una nación con el expediente de la novela, Néstor Taboada Terán repite su propósito literario con *Manchay Puytu*. La antigua, confundida, deformada y desubicada leyenda del cura colonial concubinario, que dejó su chola de veinte años en el pueblo, rebosante de salud y de gracia, ella y no el pueblo, y que al volver después de un año de ausencia no la encontró más, porque estaba finada; de su muerte insufrible no pudo consolarse acabando por desenterrar el cadáver de su joven manceba para extraerle un hueso de las extremidades, el fémur, la tibia o el peroné, vaya uno a saberlo, para hacer con ese hueso amado una flauta que al ser tocada en las noches dentro del cántaro producía una melodía tristísima, lúgubre y desesperante que hasta ahora sigue sonando en el corazón de todos los viudos inconsolables, esa leyenda le ha servido al autor como tema de simple inspiración, un desayuno frugal para el espectacular banquete literario que significa el libro *Manchay Puytu*.

El estilo de Taboada Terán, definido y definitivo, no ha variado desde luego y por lo contrario se exhibe sin corapisas incrementando la escuálida leyenda del tatacura sentimental con numerosos episodios laterales y adicionales. El diálogo sigue siendo el factor de la locomoción na-

rrativa donde el escritor oficia apenas de coordinador y de conductor discreto por no decir implícito. La obra, cuya materia prima de tradición oral no daría más que para dos páginas, tamaño mediano, se convierte en un volumen de 235 páginas, texto oficial para colegios que en la segunda edición ofrece un excelente estudio-guía escrito por Adolfo Cáceres Romero. Fuera de algunos pasajes libremente imaginados la mayor contribución ampliatoria proviene de la historia colonial de Potosí. Erudición de buenas fuentes y buen humor seguido, travieso e incansable. Puestos a opinar opinamos que *El signo escalonado* es todavía su obra principal.

*No temerás el terror nocturno, ni la flecha
que vuela de día; ni la peste que vaga en las
tinieblas, ni la destrucción que asola a medio-
día...*

Libro de los Salmos.

*Nuevas tierras no hallarás, no hallarás otro
mar.*

La ciudad te ha de seguir.

Darás vueltas por las mismas calles.

*Te harás viejo en las mismas vecindades, y
habrás de encanecer entre las mismas casas.*

Siempre llegarás a esta ciudad.

Constantino KAVAFIS.

LA OSCURIDAD DESAPARECIÓ de pronto y un jirón de luz se le clavó en los ojos. Con el sueño entre los párpados se irguió sobre su brazo derecho, quería ver quiénes eran. Cubiertos estaban de gruesos abrigos y sombreros, los rostros con pañuelos. ¡Debe usted en el acto abandonar la mina!, escuchó decir. Lentamente se resregó los ojos que le ardían, pretendía ganar tiempo, percatarse de lo que se trataba, asumir alguna actitud. Levántese, aquí no lo queremos más. ¡Ya, vamos andando! Entretanto, hacían de sus trastos un montón. A tiempo de incorporarse, pensó, me arrojan los esbirros de Pickering... ¿Y mis jornales?, reclamó a tiempo de ponerse la chaqueta. ¿Y mis jornales por los días trabajados? Aquí está, ¡y apúrese! Sus herramientas las metió en una arpillera. Afuera la noche fría. Un lienzo negro cubría el ancho cielo y el campamento dormía. A lo lejos el ingenio en segunda punta. A la carreta detenida en la puerta arrojaron sus trastos. Los enmascarados le ordenaron escalarla. Y comenzó el traqueteo por el camino del arrabal, pasó frente al ingenio. Los serenos de la empresa no dijeron nada. Corrieron contra el tiempo y se detuvieron muy lejos, cuando la bestia jadeaba y el carretero chasqueaba la lengua. ¡Bájese! Se bajó tiritando. Arrojaron los trastos sobre su cabeza. La carreta dio media vuelta para emprender el retorno. Un golpe en el rostro con objeto contundente y un puntapié en la ingle precedieron a la lluvia de golpes que le fue cayendo con franqueza irremisible. En el suelo, retorciéndose por el dolor de las agresiones, escuchó que le decían no vuelva más por la mina, la próxima vez será peor. Reían a carcajadas, parecían satisfechos. La carreta, los enmasca-

rados y las carcajadas se hundieron en la oscuridad. El traqueteo fue perdiéndose poco a poco. El viento soplaba del este bajo la noche de piedra de la altipampa.



LIBRO PRIMERO

LOS ROSTROS DEL MISMO SUEÑO

1

NO VEÍA NADA. Rodeado de espesas tinieblas no podía percatarse si tenía los ojos bien abiertos o bien cerrados. El dolor se le iba retirando con perezosa lentitud y él continuaba gimiendo. Pero, de repente un estremecimiento le sacudió de pies a cabeza. Él no estaba quejándose. Advirtió un rumor de cencerros, en cadencia con un zumbido resentido de almas dolientes. ¡Los Qharisiris!, se dijo alarmado y gateando buscó la arpillera de sus herramientas. Sacó el pesado martillo y lo levantó en alto, dispuesto a defenderse. Enmudecieron los ruidos y una voz gangosa emergió de las penumbras: No hemos venido a comerte el alma, Damián Surco. Y él con los dientes apretados inquirió por los Qharisiris de la leyenda. Evidentemente eran ellos, que devoraban el alma de niños y adultos en los silencios de la altipampa. Es infructuosa toda resistencia, somos muchos para reducirte, Damián Surco. Tú no eres tonto y nos comprenderás. Sólo queremos un poco de tu salud engordada, no sufrirás... Sintió el resuello hediondo del vampiro que hablaba. ¡No, malditos Qharisiris, no les daré nada!, gritó. Y lanzó un martillazo dirigido a la cabeza del que se encontraba cerca. El martillo escapó de sus manos y fue a caer lejos. En el silencio oscuro de la pampa resonó la burla sangrienta. Y aterrado les vio las caras empañadas. Sabía que si lo sometían se consumiría de incurable malestar. En varias comarcas los indios morían agobiados por el presentimiento de haber

sido lesionados por los Qharisiris. Con profunda incisión en el abdomen y cuya huella notable no era más que un ligero cardenal. Los Qharisiris somos inmortales como el tiempo, Damián Surco, de nada te vale resistir. En una algarada tonante se abalanzaron sobre él dos, tres, diez, veinte, sesenta Qharisiris. Despertó gritando. Observó aterrado la mañana azul. Maruca Chalco y su hijo José sonreían en silencio. Un estremecimiento envolvió su cuerpo dolorido. La aurora boreal en forma de arcos y flecos luminosos estaba desapareciendo y el frío en sus variaciones ociosas arreciaba con fuerza. Se incorporó rápidamente pero una punzada aguda se hincó en su bajo vientre.

—¿Te han pegado, Damián? Tu cara está amoratada, tus pómulos hinchados, tus ojos bañados en sangre.

Damián se palpó el rostro y alisó el cabello a tiempo de preguntar por Chirino.

—Chirino y los compañeros te han mandado este dinerito, también esta botella de pisco y estos cigarros para el frío. Esta tarde serás recogido. Los compañeros te mandarán la carreta de Umalu Cayetano.

—¿Cómo llegaron a saber que había sido desterrado a este lugar?

—Anoche mismo el carretero de Pickering le sopló a Chirino que te habían dejado en la Ayapampa de Sepulturas. ¿Y no te ha dado miedo? Podían aparecer los Qharisiris... Chirino dice que va hablar ahora mismo con Pickering.

—Y tú, Josesito, ¿cómo estás?

Sonrió el niño que desde hacía rato contemplaba absorto el desnudo cementerio.

—Bien, Damián, dile, pues —encareció su madre—, Huaj, Josesito; siempre así de corto es este chico con la gente pero cuando está en la casa un diablo.

El sol trataba de empinarse sobre la raya del horizonte y Maruca Chalco y su hijo volvieron sobre sus pasos. Ya estaba definido su destino. Tomaría un nuevo rumbo: ¿Ma-

chacamarca? ¿Chayanta? ¿Morocala? ¿La Joya? ¿Negro Pabellón? ¿Huanuni? Al atardecer, en la soledad infinita de la puna, a la hora en que resbalan ululantes los ecos de las montañas, apareció una carreta. Le preguntó al conductor si era Umalu Cayetano y conocía a Chirino y el carretero hizo una mueca afirmativa. Cargó sus trastos y se acomodó a su lado. Cayetano lanzó un fuerte latigazo en el lomo del mulo y el vehículo comenzó a moverse bamboleante. El paisaje del altiplano se estaba dorando de violeta. La brisa del atardecer era fría. El imaginario andino...

–¿Quieres servirte un sorbito de pisco?

El carretero aceptó sin mover los labios. ¿Eres mudo?, le entregó la botella. Umalu Cayetano se echó un trago largo.

–¿Eres mudo? –insistió Damián.

–¡No, no soy mudo! –respondió con energía.

De aire sombrío y receloso no quería hablar, temía comprometerse.

FRESIA, FRESIA, GRITABA mi hermanito el cabro chico. Estaba asustado. Yo también, pero disimulaba. Las sirenas llamaban con insistencia. Le tomé de la mano y a todo correr nos dirigimos hacia la gerencia de la empresa. Alguna desgracia ha sucedido en la mina. En el rostro de las mujeres veía una ansiedad dolorosa, los hombres temblaban asustados y yo quería reírme. El cabro chico preguntaba qué había en todo esto. Sssh... Aparecieron varios pacos llegados de Santiago. Y uno de ellos, que parecía el superior, junto al gringo de la gerencia, habló del asunto del salitre. Por el proceso Haber-Bosch para producir nitratos un químico alemán había encontrado el sustituto para el salitre natural, así que los abonos de Chile ya no eran imprescindibles en el mundo. En el día los bolivianos que prestan servicios en la empresa serán trasladados a la frontera, para lo cual se han habilitado todas las carretas